

mismo tiempo recibí la noticia de la muerte del doctor, y una carta en la que me recomienda al Conde como el mejor de sus discípulos. Delante del médico, claro está que se abrirá el jubón de las chapas de acero; con un mismo golpe le curaré á él de sus males y á nosotros de los nuestros.

MANSFELD.

Bien, pero ya se hace de noche: ¿no es éste el momento de la cita?

ULRICO.

Sí, vamos. (Se vuelve hacia Alix, que se ha quedado dormida con la cabeza apoyada en las manos.) Esa emoción la ha quebrantado. Ya no la veré más ni dormir ni velar.

MANSFELD.

Ven.

ULRICO. (Mirando á Alix con ternura.)

Volveré para tomar la carta.

MANSFELD.

Mejor harías en tomarla ahora.

ULRICO.

No, volveré, es más seguro; vamos..... (Vanse.)

II.

Una estancia subterránea en las ruinas del convento de San Esteban, en la que hay varias hileras de asientos de piedra y un púlpito enfrente de los asientos; encima del púlpito un crucifijo de medio relieve esculpido en la pared. La escena está iluminada por teas hincadas en argollas de hierro sujetas á las paredes. Como hasta veinte conjurados, algunos de ellos enmascarados, ocupan una parte de los asientos; van llegando otros nuevos y sentándose después de haber dado el santo á un hombre que está de pie á la puerta con una espada desenvainada en la mano.

Entran ULRICO y MANSFELD.

MANSFELD.

¿Quiénes son esos tres que llevan capuchas blancas como la tuya? ¿Los otros jefes?

ULRICO.

Sí. Ese que está más cerca de nosotros, el más gordo, es el síndico del gremio de los roperos, maese Enrique Fritzlar; con él contamos al comercio por nuestro. Es rico y tiene dos hijas hermosísimas; por ambas razones es enemigo del conde.

MANSFELD.

¿Y ese que está encorvado en su asiento, con las rodillas casi en la boca?

ULRICO.

Es el banquero Munius.

MANSFELD.

¿Un judío?

ULRICO.

Sí, un judío, pero aborrece al Conde, su maestro en punto á usura. Munius nos da todo el barrio de judíos. El tercero, aquel largo y flaco, es una especie de aventurero, capitán nato de todos los pillos de la ciudad; lo hemos enganchado para que no esté contra nosotros; es un matón de mala especie, pero bueno para un golpe de mano. Confío que morirá en la lid con la mayor parte de su cuadrilla. Se llama Ranucio de Bizancio.

MANSFELD.

¿De Bizancio? No me suena bien ese nombre. ¿Y quién es aquel personaje que está allá apartado de todos y tiene á su espalda dos espectros inmóviles?

ULRICO.

Salado, un estudiante de mala cabeza, pero de buen corazón. No sé quién son sus dos acólitos.

(Ya han entrado todos los conjurados y está cerrada la puerta.)

ULRICO. (Subiendo al púlpito.)

Amigos: si hay entre vosotros alguno que sienta en esta hora decisiva flaquear su corazón ó penetrar el menor escrúpulo en su conciencia, que lo diga ingenuamente; yo juro que se respetará su vida, y que sólo por pura precaución se le retendrá prisionero en esta estancia hasta mañana. Más vale ser débil que traidor; pensadlo bien: ¿nadie responde? (Silencio.) Ahora, en nombre de todos vosotros, yo, vuestro jefe libremente elegido, declaro traidor á cualquiera de los presentes que en el momento del peligro hase más en las palabras que en las obras, y doy poderes á todos y á cada uno de nosotros para herirle de muerte como á un traidor.

LOS CONJURADOS.

¡Amén!

ULRICO.

Ya sabéis que nuestros hermanos de Farth, Wurtzburgo, de Bamberg, fiados en nuestro empeño, van á levantarse esta noche y arrojar de sus ciudades á los gobernadores del Conde. Si demorásemos nuestra empresa un solo día, los venderíamos cobardemente, entregándolos á una muerte segura; vamos, pues, á consumir esta noche el grande acto para el que fraternalmente nos hemos conjurado.

TODOS.

¡Amén!

ULRICO.

Diga ahora cada jefe lo que ha resuelto hacer; luego hablaré yo por los estudiantes y por mí. (Enrique Fritzlar sube al púlpito y se queda pensativo, con las manos cruzadas sobre su enorme barrigón.)

SALADO. (Gritando.)

¡Más alto! que no se oye.

FRITZLAR. (Desdeñoso y solemne.)

Dignáos, hermanos míos.

SALADO.

¡Bien, muy bien!

FRITZLAR.

A todo el mundo es notorio que maese Salado, por otro nombre Apura-botellas, me está siempre acosando con sus impertinencias, resentido de que lleva seis meses de rondar por debajo de las ventanas de mis hijas sin lograr obtener de ellas el más leve favor.

SALADO.

Una sola palabra va á confundiros, buen hombre. Vuestras amables hijas, de un padre hermoso vástagos más hermosos todavía, como dice Flaco, me echaron la otra noche, no ya un ramillete, sino todo un arbusto en flor; ¡ah!

FRITZLAR.

Sí, ¡con el tiesto! Parece que os olvidáis del tiesto, amiguito.

SALADO.

Un arbusto no prende en la palma de la mano; diciendo arbusto, creo que se subentiende suficientemente el tiesto. El tiesto era un favor más.

ULRICO.

¡Señores!

FRITZLAR.

Por mi parte cumpliré lo que he prometido. En cuanto se abran las puertas del castillo, y ni un minuto antes, tocará rebato la campana mayor; los gremios armados se reunirán en la plaza del Mercado, y los síndicos en el Ayuntamiento, donde redactaremos una exposición al Emperador para implorar su protección y reconocer su señorío mediante la conservación de nuestros fueros.

SALADO.

Excelente, pero contradictorio.

FRITZLAR. (Animándose.)

Sin embargo, no quiero ocultarlo: si Enrique Fritzlar conserva voz y voto en el Ayuntamiento, la ciudad de Nuremberg decretará su primera ley de policía contra esa clase turbulenta de mozos insolentes que, so pretexto de dedicarse á estudios

cuya importancia dista mucho de compensar los inconvenientes que la residencia..... (Murmullos en una parte del auditorio.)

SALADO.

¡Dejadle, dejadle! le desafío á que concluya su frase; prosigue, pozo de ciencia. (Fritzlar baja del púlpito en medio de una risa general.)

MUNIUS. (Desde su asiento humildemente.)

Dignos señores, tengo tan poco que decir.....

SALADO.

¡ Al púlpito !

MUNIUS.

Sólo dos palabras.

SALADO.

Ni una sola. Al púlpito.

MUNIUS. (Subiendo al púlpito.)

Diré una sola palabra.

SALADO.

Pues decidla.

MUNIUS.

¡ Así me caiga un ojo de la cara á cada mentira que diga! Mis hermanos y yo marcharemos al socorro de los bizarros estudiantes y de los valerosos gremios de la respetable ciudad de Nuremberg; pero así me caiga muerto aquí mismo, y antes dos veces que una, si no sale de mis labios la pura ver-

dad; somos unos pobres infelices que nos quedamos á perecer con nuestros pobres hijos, si en el tumulto nos saquean nuestras pobres casas.

SALADO.

¡Thesaurus lingue! ¡Tesoro de elocuencia! *Et veritatis*, y de verdad. Proseguid, virgen de Sión.

MUNIUS.

Esa es la razón por que deseáramos que se nos asegurase una protección para nuestras casas, mientras estemos ausentes.

RANUCIO DE BIZANCIO. (Con voz estentórea.)

Eso corre de mi cuenta. (Se precipita al púlpito, del cual baja Munius precipitadamente. Ranucio prosigue.)

De mi cuenta corre, digo, velar con mi gente sobre las casas de los judíos; mi propósito, además, es estar un poco á la mira de todo. Pienso cubrirme de gloria de pies á cabeza desde que empiece la danza hasta que salga el sol. Mi plan es sencillísimo; héle aquí en dos palabras: coloco á ciento de mis leones á espaldas del castillo; apenas advierten que hay tumulto en el interior, se precipitan, acuchillan á la guarnición y derriban las tapias en los fosos. Otros ciento de mis perros de presa, desparramados con disciplina por el barrio de los judíos, se irán presentando sucesivamente á las puertas de todas las casas, que se ha-

brá cuidado de dejar abiertas de par en par para que las recorran militarmente y se aseguren de que todo está tranquilo, y en especial de que las mujeres obtienen el debido respeto. Entretanto yo, al frente de doscientos héroes, flor y nata de mi gente, me precipito en persona sobre los cuatro ángulos de la ciudad, con una tea encendida en una mano y esta espada en la otra. Como he batallado un poco por esos mundos, y he asistido á más de una toma de ciudad en que, por decirlo así, nadábamos hombres y caballos en sangre hasta las rodillas, no hay temor que me falte resolución. Es preciso espumar la olla mientras está hirviendo; tal era la opinión de mi abuela, tal es también la mía. Amigos ó enemigos, á nadie reconozco. ¿Es éste ó aquél? ¿Qué sé yo! ¿Se llama de un modo ó se llama de otro? Lo ignoro. En tales momentos el hombre no es hombre, es el filo de una espada. ¡Peguen fuego á su casa! ¡Un tajo á ese paisano! ¡Sus! ¡sus! ¡á mí! ¡Ranucio! ¡Ranucio! ¡cierra! ¡pilla! ¡mata! ¡saqueo, saqueo!

(MUCHAS VOCES.)

¡Fuera ese bárbaro!

RANUCIO. (Limpiándose el sudor de la frente.)
¡Cómo! ¿Qué dicen esos mercachifles?

LOS CONJURADOS.

¡Id muy noramala con vuestros leones, con vuestros héroes!

RANUCIO.

Hablemos claro, señores, y sepamos en qué quedamos. ¿Vamos á pelear, ó no? ¿Es costumbre batirse con almohadas y monjiles de viuda? Yo creía que íbamos á pelear.

ULRICO.

Señores, Ranucio es un soldado. Se ha explicado mal: lo que ha querido decir es que será inexorable con los partidarios del Conde.

RANUCIO.

Por supuesto.

MUNIUS.

Si la gente del capitán Ranucio entra en nuestro barrio, nosotros nos quedaremos en él para defender á nuestras mujeres y nuestras haciendas.

RANUCIO.

Judío, el que insulta á mi gente me insulta á mí.

MUNIUS.

Señores, señores, es un ladronazo. Me está debiendo doscientos florines que me ha sacado sobre hipotecas falsas.

RANUCIO.

Judío, eres un aleve traidor.

MUNIUS.

Sale á robar de noche por las calles.

RANUCIO.

Hay que convenir en que esto es insopportable.
(Desenvaina su espada y baja del púlpito.)

ULRICO. (Poniéndosele delante.)

Ranucio, y tú, judío, ¿queréis perdernos con vuestras miserables rencillas? ¿Tenéis alma? ¿Pensáis en la hora en que estamos? Judío, nada temas; yo te respondo de tus bienes sobre mi honor. Ya me entiendes, Ranucio; hay muchos modos de hacer traición, y la mayor para con la libertad es un crimen cometido en su nombre, una villanía cubierta con su escudo. Ranucio, abraza al judío.

RANUCIO.

Olvidemos lo pasado, digno Munius. (Le abraza.)

MUNIUS.

¡Socorro! ¡que me ahoga!

RANUCIO.

Te engañas, Munius, en orden á la significación de mi abrazo.

MANSFELD. (En voz baja á Utrico.)

Créeme, mejor haríamos en dejarlo é irnos á vivir lejos de aquí.

ULRICO.

Ya es tarde. Está seguro, amigo, de que todas

estas mezquinas discusiones desaparecerán muy pronto ante el sentimiento de un deber común y de un peligro presente.

SALADO. (Desde su asiento.)

Señores y hermanos míos.....

FRITZLAR.

¡Al púlpito!

SALADO.

Es inútil. Sólo voy á dirigiros algunas palabras para daros aliento.

FRITZLAR.

¡Al púlpito! ¡al púlpito!

SALADO.

Con mucho gusto. (Sube al púlpito, seguido de los dos enmascarados, que no se han apartado de él ni un momento en toda la sesión.) Hermanos míos, si hay alguna cosa capaz de conturbar un espíritu valeroso, es sin duda la imagen de una muerte cercana, sobre todo cuando esa muerte se representa escoltada con el horrendo aparato de una refinada tortura. Mi flaca humanidad se estremece á pesar mío, cuando al consideraros á todos vosotros los que estáis presentes, me digo: ¡Ah! todos esos rostros, de los cuales la mayor parte me son familiares, unos ovalados, otros redondos, todos animados por los colores de la salud, serán todos dentro

de algunos instantes caras igualmente lívidas, todas igualmente contractadas por la sorpresa de una muerte violenta. (Murmullos.) He ahí una porción de seres vivos y bien conformados, que acaban de cenar sosegadamente con sus familias, que andan y que digieren, cuyos órganos todos, en fin, disfrutan de movimiento sano y regular, y que mañana por la mañana estarán todos uniformemente tendidos sobre el polvo, masas inertes y tristes de ver, aun para los ojos de sus más próximos allegados. (Murmullos más violentos.) De un solo revés todas esas cabezas habrán caído de encima de todos esos cuellos! (¡Basta, basta!) Los dientes apretados, las bocas horriblemente entreabiertas, los músculos encogidos, los ojos vidriosos ó sanguinolentos, todas habrán rodado confundidas con troncos agitados por espantosas convulsiones sobre la hierba húmeda con el nocturno rocío, al canto matinal de las avecillas. ¿Sobrevive tal vez la sensibilidad á la degollación? (Tempestad de gritos: ¡Fuera! ¡Fuera!

MANSFELD.

¿Qué es eso? ¿Habéis perdido la cabeza?

SALADO.

No, señor, pero la perderé muy en breve, lo mismo que vos la vuestra. No me sorprende cier-

tamente la impaciencia de los valientes que me interrumpen, y les perdono que hayan interpretado mal mis intenciones. Escasamente había llegado al fin del primer tercio de mi exordio; después de haber aludido á la miserable suerte que nos aguarda, proponíame, por medio de una brusca transición, demostrar la grandeza del hombre que sabe domar sus vivos instintos y sojuzgarlos con el freno de los sentimientos generosos; parecíame oportuno presentar con fuertes colores el cuadro de nuestros peligros, á fin de realzar tanto más el valor de los que los arrostran; plan por cierto tan bueno como otro cualquiera; pero pues no quieren escucharme, punto concluido.

FITZLAR.

¡Es un traidor! ¡Los dos desconocidos que le acompañan son espías del Conde!

SALADO.

Ahí os esperaba yo, ¡oh rencoroso síndico! Estos dos hombres son, en efecto, dos rechutas de mi mano. Mucho tiempo ha que me parecía de desear que hubiera en nuestra sociedad dos individuos, por lo menos, cuya fidelidad no fuese dudosa, y los he hallado por fin, hermanos míos, y aquí os los presento. Vanamente atormentarian y descuartizarían á estos dos caballeros por arran-

carles una sílaba sola tocante á nuestra conspiración, y no tengo rebozo en decir que estoy más seguro de ellos que de ninguno de vosotros y aun de mí mismo; verdad es que disfrutan el discreto privilegio de ser sordo-mudos de nacimiento. (Risas y murmullos. Salado baja triunfante del púlpito, al cual sube Ulrico.)

ULRICO.

¿Es esta una asamblea de hombres que preparan la libertad á su patria ante los ojos de Dios vivo, ó estamos en la antesala del tirano entre bufones que bromean y lacayos que disputan? Uno hay aquí ante quien todos debemos sonrojarnos, porque movido á compasión de nosotros, movido á compasión de nuestras madres, de nuestras hermanas, de nuestros hijos, ha resuelto sacrificarse solo, tomar sobre sí el acto decisivo de la lucha, que es la muerte del Conde, y no dejar á los otros más que el peligro secundario de matar ó de hacer merced de la vida á hombres privados de su jefe. Sólo ese, ya le sirva bien, ya le venda su mano, tiene que morir precisamente. Tanto como vosotros, acaso más que vosotros, estaba apegado á la vida con dulces y poderosos vínculos.... ¡y este es el estímulo que le damos en su hora suprema! Por evitar un dolor á

nuestros corazones, rasga él su corazón con su propia mano.... ¡y este es el adiós que damos á la generosa víctima! ¡Oh amigos! yo conozco á esa víctima; junto á ella estaba hace un momento; tenía asida su mano y la sentía temblar. ¿Temblaba acaso de miedo? No, pero dudaba; su alma estaba traspasada de dolor; oyendo en tales momentos vuestras indignas disputas, dudaba de vuestra sagrada causa, dudaba de su sangre que va á derramar por ella.... ¿Osáis blasfemar en torno de un amigo moribundo? Estáis al pie de su lecho de agonía.... os tiende la mano, os dice por mi voz: «¡Amigos míos, apartad de mis labios ese cáliz demasiado amargo; tened misericordia de mi alma, devolvedle la fe! ¡No me dejéis morir desesperado, morir sin creer en los nombres por que muero, sin creer en la patria, en la libertad, en la santa fraternidad humana!....» Amigos, hermanos, escuchemos esa voz que no volveremos á oír ya más; si tenéis un corazón, vosotros, todos los que estáis presentes, yo os lo suplico de rodillas, pidamos perdón á Dios de haber infundido en esta solemne hora dudas tan impías en el alma de un mártir. (Se arrodilla.)

LOS CONJURADOS. (Arrodillándose.)

¡Viva Ulrico! ¡Muera el Conde! ¡Viva la patria!

ULRICO.

Gracias, gracias por él. Ya es llegada la hora: ¿no hay aquí algún sacerdote? (Se adelanta un sacerdote hasta el pie del púlpito.) Padre mío, esta noche va á morir el Conde Otocar de Altena, falsamente llamado Conde soberano de Franconia. Con la violencia nos ha robado la libertad que nos diera Dios, con la violencia le arrebataremos, en nombre de Dios, lo que nos ha robado. Vuestro puesto, padre mío, no está en la lid; toda la noche haréis oración delante de ese crucifijo por el alma del Conde, pues sí es un acto impío dejarse despojar de la santa libertad que se ha recibido del cielo, también la vida es cosa santa, y debemos arrodillarnos delante de Dios cuando matamos, aunque sea un tirano. Al mismo tiempo, padre mío, pediréis á Dios por el que va á herir al Conde.

EL SACERDOTE.

¿Quién es, hijo mío? (Estremecimientos y murmullos entre los conjurados.)

ULRICO: (Se arrodilla y hace oración: luego levantándose.)

Yo.

SALADO.

¡Bravo!

ULRICO.

Mis amigos rodean el castillo y al primer grito

de alarma forzarán la guardia. Bueno sería que uno de vosotros tuviese el arrojo de entrar detrás de mí para dar la señal desde dentro. ¿Quién me seguirá?

MANSFELD.

Yo.

SALADO.

Señor forastero, yo os saludo.

ULRICO.

Amigos míos, ahora á vuestros puestos. Si dentro de un cuarto de hora no estoy en el castillo, llamadme traidor. Ven, Mansfeld. (Los conjurados se dispersan.)

SALADO. (Corriendo detrás de él.)

Mal me has tratado en tu filípica, pero no importa; permíteme que te dé un abrazo.

ULRICO. (Rechazándole.)

Déjame.

SALADO.

¿No? pues te arrepentirás, como hay Dios; te morderás las uñas que será un gusto. (Vase.)

III.

En casa de Ulrico. Entran Ulrico y Mansfeld. Alix se levanta como sobresaltada y permanece en pie, toda trémula, apoyada en el respaldo de un sillón. Ulrico se acerca á ella, la mira un momento en silencio, y luego la besa en la frente muy conmovido.

ALIX.

¿Ya ha llegado el momento?

ULRICO.

Mansfeld irá conmigo. Nos ayudaremos uno á otro, y Dios nos ayudará. Nada temas.

ALIX.

¿A qué hora?

ULRICO.

Ahora mismo. Vamos, hermosa mía, si quieres que conserve mi valor, no tiembles. (Á Mansfeld.) Voy arriba á tomar la carta de Staumer. (Sube por la escalera de caracol y desaparece.)

MANSFELD.

Alix, valor, en nombre de Dios. De una sola lágrima de una mujer suele depender, hija mía, el

honor de un hombre, y á veces el destino de un pueblo. (Alix coge sin responder la mano de Mansfeld; en el mismo instante se oye un grito en la estancia superior, y Ulrico baja la escalera corriendo, pálido y desencajado.)

ALIX.

¡Dios mío! ¿qué es eso?.... Ulrico; ¿qué tienes?

ULRICO.

¡La carta!... ¡No encuentro la carta!..... ¡La caja está vacía!..... Alix, alguno ha entrado aquí. Dí, ¿quién ha venido? ¡Habrás dejado la puerta abierta al salir, desgraciada!....

ALIX.

¡Es posible!..... Pero no, no me acuerdo.... Y luego ¿con qué interés pueden haber hecho ese robo? ¿No has ocultado á todo el mundo la existencia de esa carta? ¿Quién puede haberla cogido?.... ¿Has buscado bien?

ULRICO.

¿Si he buscado bien? Te digo que la caja está vacía. ¡Misericordia de Dios! ¡No hay remedio, no hay remedio! ¿Y cómo acercarme ahora al Conde? ¿Qué pretexto, qué medio queda? Me recibirá en medio de su guardia, con su coraza en el pecho. Es imposible.... ¡Soy perdido!!!

MANSFELD.

¿Dónde estaba la llave de la caja?

ULRICO.

Colgada de mi cuello, en esta cadena; ¡han forzado la cerradura!

MANSFELD.

¡Es extraño! ¿Y á nadie habías confiado el secreto de esa carta?

ULRICO.

¡Á nadie, jamás! Alix, ¿has salido esta tarde?

ALIX.

Un instante solamente; en cuanto he tenido tiempo para llegar á Santa Clara, encender una vela y volver. Además, estoy segura de haber cerrado la puerta.

ULRICO.

¡Dios mío!.... (Se llega corriendo á una de las ventanas.) ¿Quién ha roto este vidrio? ¿Lo has roto tú?

ALIX.

¿Un vidrio roto? No lo había visto. No, estoy segura de que no lo he roto.

MANSFELD.

Y por aquí fuera están tronchadas algunas ramas de la parra. Alguno ha entrado y ha salido por aquí.

ULRICO.

Sí, eso es..... mientras has estado fuera..... ¡Oh,

Dios mío, Dios mío! ¡Y yo que he prometido..... que he jurado!..... De seguro no me creerán; dirán que he faltado á mi palabra, que he quebrantado mi juramento, que he tenido miedo..... ¿Y qué hago? ¿qué puedo hacer ahora? (Su retuerce los brazos desesperado.)

MANSFELD.

No hay más que una cosa que hacer: avisar á los conjurados sin perder ni un instante. Á lo menos salvemos sus cabezas.

ULRICO.

¿Y á los de Bamberg? Y á los de Wurtzburgo? Y á toda la Franconia, ¿la avisarás también? Vivo el Conde, su levantamiento no servirá más que para designarle víctimas..... ¡Se han fiado en mi palabra de honor, y por ella van á morir! ¡Oh, miserable, miserable de mí!....! Y la verdad es que los vendo en efecto..... yo hubiera debido tener dispuestos varios medios..... ¡Dios mío! ¡He vendido á mis hermanos!..... ¡Cuando hablen de tí, pobre mozo, no te compararán á Bruto, no; te llamarán Judas! (Se cubre el rostro con las manos.) Mira cómo te vengo, Alix mía..... ¡Ah! razón tenías en despreciarme..... ¿Quién sabrá siquiera si ha existido nunca tal carta? He mentado, amigos míos, nunca he tenido esa carta..... Mira, Mansfeld, ve-

te..... Diles lo que quieras..... Es preciso acabar con este infierno que tengo en la cabeza. (Desenvaina violentamente la daga.)

ALIX. (Deteniéndole la mano.)

Dámela. Ve á reunirse con tus amigos, y estad todos prontos. Yo mataré al Conde.

ULRICO.

¡Estás loca, Alix!

ALIX.

Quedarías deshonrado, tú lo has dicho; serías un infame, y yo no quiero que lo seas, y quiero vengar á mis hermanos. Hace un momento abrí tu Biblia; Dios mismo me puso delante de los ojos la historia de Judit. Lo que ella hizo por su pueblo, voy á hacerlo por el mío. El billete que me tiró esta mañana el Conde me bastará para entrar.

ULRICO.

No, no puedo resistir á esa idea.

ALIX.

Pues qué, ¿no queda todo lo mismo? ¿Creías acaso haberme engañado? Bien sabía yo que era imposible que sobrevivieses á tu empresa: ¿no habíamos, por consiguiente, de morir ambos esta noche? ¿Qué importa lo demás? Déjame partir, amigo mío.

ULRICO.

¡Qué horrible, qué horrible pensamiento! Mansfeld, ¿crees que debo consentirlo?

MANSFELD.

Debes.

ULRICO.

Pues bien, Alix..... ¡Ah! ¿por qué te he conocido?..... ¿por qué te he amado?

ALIX.

El tiempo vuela; déjame salvar tu honor.

ULRICO.

¿Pero será posible, Dios mío, que no haya otro medio?

MANSFELD.

No lo hay.

ULRICO.

Pues bien, que vaya..... Un instante solamente; concédeme un instante..... Si encontrase esa carta..... voy á ver... no os pido más que un minuto. (Sube precipitadamente la escalera.)

MANSFELD.

Antes dudé de vos, Alix; perdonadme. Si queréis creerme, partid sin volverle á ver.

ALIX.

Sí, amigo, sí, tenéis razón..... pero, sin embargo, tendría que..... Estoy tan descompuesta..... y

necesito parecer hermosa á ese Conde. ¡Ah! conozco aquí cerca á una vieja judía que trafica en ropas y galas..... Entraré un momento en su casa. Adiós.

MANSFELD. (Se inclina y besa la mano á Alix.)

Adiós. (Vase.) Quisiera que me tragase la tierra antes de que baje ese desgraciado. (Baja Ulrico.)

ULRICO.

Nada, nada. ¿Dónde está Alix?

MANSFELD.

Se ha ido.

ULRICO.

¿Se ha ido? ¡Cómo! ¿Y tú la has dejado salir?

MANSFELD.

Yo le he rogado que se vaya.

ULRICO.

Sí, ella por sí no hubiera tenido valor..... Has hecho mal, Mansfeld, muy mal. Necesito hablarla; quiero volverla á ver.

MANSFELD.

Ulrico, sé hombre.

ULRICO.

No la disuadiré, pero quiero volverla á ver..... ¿Por dónde ha ido? Mansfeld, amigo mio, dímelo por Dios.

MANSFELD.

No lo sé.

ULRICO.

Cuidado, Mansfeld; mira que estoy decidido á volverla á ver. Voy corriendo al castillo y la aguardaré á la puerta.

MANSFELD.

No lo harás.

*ULRICO.

Lo haré; por mi honor que lo haré. ¡Tú no has amado nunca, Mansfeld, cuando crees posible que me separe de ella así! Preciso es que la hayan hecho salir por fuerza..... Pero, loado sea Dios; nunca tendrá valor..... volverá, estoy seguro de que volverá.

MANSFELD.

No.

ULRICO.

Pues bien, yo iré á buscarla.

MANSFELD.

Ulrico, ahora sí que verdaderamente vas á ser traidor.

ULRICO.

Te engañas, ya te lo he dicho. Tú crees que voy á detenerla, á disuadirla!..... y no, no quiero más que verla y abrazarla por última vez..... Tú no comprendes nada.

MANSFELD.

Si la vuelves á ver, no la dejarás concluir.

ULRICO.

Pues bien, sí, tienes razón; la mataré, me mataré en seguida, y suceda lo que suceda. No quiero que sea del Conde..... Seré un traidor; ¿qué me importa? La amo, soy su amante..... sería un miserable si la entregase á otro. Déjame pasar.

MANSFELD.

Ulrico, ¿conque es decir que cuando hablabas de libertad y de patria mentías descaradamente?

ULRICO.

¡Ah, cruel, cruel! Bien sabes que yo estaba decidido á morir y á perderla; pero echarla en los brazos de otro..... no puedo..... ese sacrificio es superior á mis fuerzas..... Sólo de pensar en ello me parece que se me hiela el corazón. No puedo explicarte cómo la amo; toda la sangre de mis venas está llena de ella. ¡Comprende lo que te digo! Se me figura que su abrasado aliento corre por mis huesos y los quema. En fin, la amo como un insensato..... Déjame pasar.

MANSFELD.

No.

ULRICO.

¡Ira de Dios! Déjame pasar, Mansfeld.

MANSFELD.

No. (Desenvaina su espada.)

ULRICO. (Cogiendo su espada de encima de la mesa).
¡Ah! ¡No quieres, no quieres!

MANSFELD.

La traición no pasará por esta puerta mientras yo viva.

ULRICO.

Pues muere. (Riñen.) Mansfeld cae atravesado el pecho de una estocada. Ulrico empuja el cadáver con el pié y se precipita fuera de la estancia.